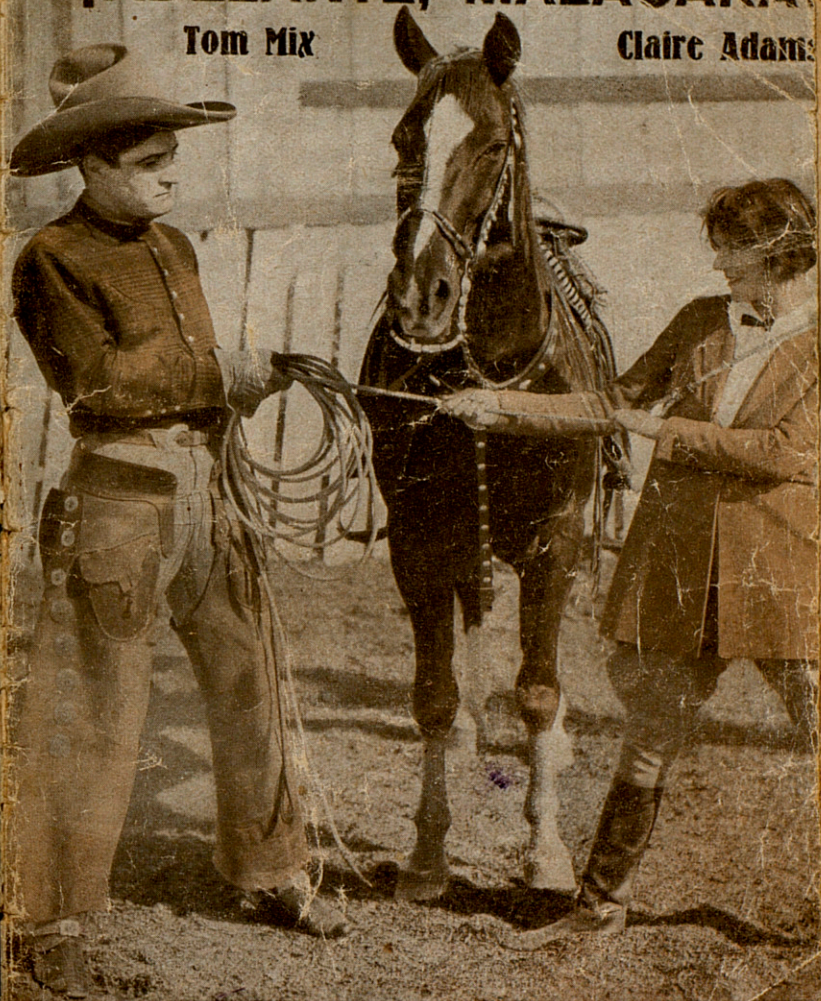


¡ADELANTE, MALACARAS!

Tom Mix

Claire Adams



BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 22

Publicación semanal **PRECIO: 25 CÉNTS**

duy

Vlcento Torue l

OH, YOU TONY 1924

¡ADELANTE, MALACARA!

REPARTO

<i>Tom Masters</i>	Tom Mix
<i>Betty Faine</i>	Claire Adams
<i>Geraldina Richmond</i>	Dolores Rousse
<i>Mark Langdon</i>	Richard La Reno
<i>Jaime Overton</i>	Earle Fox
<i>José Blakely</i>	Charles K. Franch
<i>Narizazul</i>	Pat Chrisman

I

En el rancho Masters-Faine, como en todos los ranchos de la joven América, se juzgaba la posición social de una persona por el número de caballos que conocía.

Los propietarios, por mitad, de este rancho eran : Tom Masters, famoso por la excelencia de sus caballos, y Betty Faine, que había heredado de su padre la propiedad de la otra mitad del rancho... y estaba enamorada secretamente de su socio.

La joven y hermosa Betty conservaba a su lado una tía suya, que, aunque no sirviera

para otra cosa, era algo así como un dique contra la murmuración, ya que vivir bajo el mismo techo dos jóvenes como Tom y Betty la había provocado. Y Tom tenía... su sombra, es decir, a un ex cacique indio llamado Narizazul, que se había tragado un botón, allá en su tierna infancia, y desde entonces tenía una afición extraordinaria y hasta pecaminosa hacia toda clase de botones.

Aquel día, mientras Tom, de espaldas a la valla que cercaba la casa, presenciaba, junto a Narizazul, los ejercicios de equitación que hacían sus criados en el patio del rancho, Betty, que acababa de llegar de la aldea cercana, comunicaba a su tía, con entusiasmo, que las personas más influyentes de la comarca se dirigían allí para pedir a Tom que fuese a la capital como delegado de ellos para resolver cierto asunto.

— Qué honor, ¿verdad? — terminó la muchacha, a la que alegraban todas las distinciones de que a Tom se le hacía objeto.

Betty salió en busca de Tom, que seguía observando con gesto un tanto avinagrado la falta de destreza de sus sirvientes para domar potros, y le dijo :

— Acabo de hablar con la Comisión de rancheros y me avisan que vienen para acá a hablar contigo.

— ¿Qué quieren de mí?

— Ya te lo dirán ellos — repuso Betty sonriendo.

Pero al observar que Tom estaba cubierto de polvo y vestido con el desaliño de siempre, se puso seria y le recriminó con dulzura :

— ¡Mírate, Tom! ¡Si cuidaras de ti mismo con la minuciosidad con que cuidas de tus caballos!... Es preciso que vayas a cambiarte de ropa.

Y mientras hablaba así, le sacudía el polvo con su linda y blanca mano.

Tom, por complacerla, se hizo un ligero tocado que, en verdad, no se notó mucho, y así recibió a la Comisión, a cuyo frente figuraba Mark Langdon, recién llegado a la comarca y uno de los miembros más activos de la Asociación de Rancheros.

Mark le comunicó :

— Tom, te hemos elegido para que vayas a representarnos a la capital... a fin de ayudar a nuestro agente a conseguir que en el Congreso aprueben el proyecto de irrigación de Los Arcos.

Quedóse Tom un tanto indeciso, pero su gentilísima socia se acercó a él y le dijo casi al oído :

— Acepta.

— Acepto — repitió Tom dirigiéndose a los individuos que formaban la Comisión.

Unas horas después, Tom se disponía a partir en un carricoche, emocionadísimo por la despedida que le hacía el personal del rancho.

— Ponte guantes limpios — le aconsejó

Betty, a la que preocupaba excesivamente ver a Tom con una indumentaria decorosa.

Este la obedeció como siempre y luego dirigió la palabra a los que le rodeaban, en estos términos discursivos :

— Amigos míos, me siento orgulloso... Ni mi entierro va a resultar tan elegante como esto. Pueden ustedes estar seguros de que iré en representación del pueblo, y como uno del pueblo, y volveré lo mismo que voy...

Arrancaron los caballos, y Tom, con la cabeza vuelta hacia el rancho, pudo ver como Betty agitaba su pañuelo.

Entretanto, Mark Langdon, que era uno de esos « financieros a la alta escuela », capaces de sacarse la viga del propio ojo... y venderla como leña, había cursado la siguiente y substancial carta :

« Querido Blakely :

Tom Masters, propietario de un rancho de aquí, se dirige a esa capital y se hospedará en el Hotel Cosmopolita, con el fin de representar a la Asociación de Rancheros, en el asunto de la irrigación de Los Arcos. Si el Congreso aprueba el proyecto, su rancho valdrá un dineral.

En tus manos ponemos a Masters. Introdúcelo en « sociedad », hazle gastar dinero, enrédalo en alguna especulación financiera y procura que pierda. Así nos será fácil quedarnos con el rancho.

Tu amigo, MARK LANGDON ».

Jaime Overton era el único vástago de una familia ilustre, pero empobrecida, de la capital, y explotaba su posición social lo mejor que podía.

José Blakely, a quien Langdon se había dirigido, era otro « financiero a la alta escuela », que utilizaba a Overton en sus discutibles transacciones.

Aquel día Overton y Blakely se habían citado en el hall del Hotel Cosmopolitan, y al encontrarse, el primero preguntó :

— ¿Y nuestro « socio »?

— No debe tardar en llegar... y ya sabes lo que hay que hacer — le recomendó Blakely.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando aparecieron en el hall Tom Masters y Narizazul, que como su sombra que era, lo seguía a todas partes. La presencia de ambos personajes, vestidos de forma tan extravagante, sobre todo Narizazul, llamó, como no podía ser por menos, la atención de los huéspedes del elegante hotel.

Overton, apenas los columbró, se acercó al mostradorcito del fondo, avisando al secretario del hotel :

— Dile que no quedan cuartos disponibles.

Y así, cuando Tom se acercó pidiendo habitación, le dijo :

— Lo siento, señor Masters, pero no tenemos ni una sola habitación disponible.

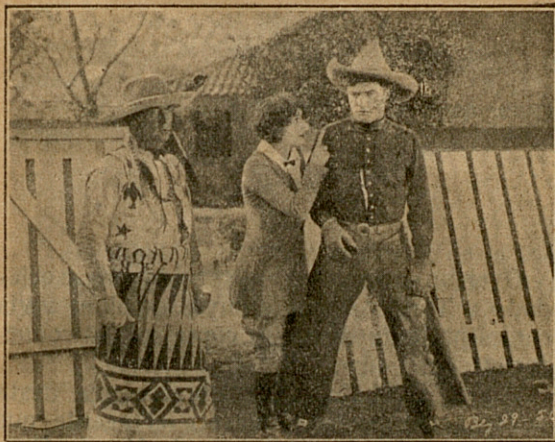
— Le advierto que traigo cartas de recomendación... y que ni ronco cuando duermo, ni soy aficionado a armar escándalos.

— Lo creo a usted, señor Masters, pero no puedo complacerlo.

Overton, que se había separado unos pasos, se acercó entonces, y saludando a Tom le dijo que se alegraba de conocerlo y que ya tenía noticias de su llegada por Langdon, quien le había recomendado que le ayudara en todo, y para demostrárselo empezó por conseguir que le dieran habitación en el hotel.

Un botones los acompañó al cuarto que le designaban. A Narizazul se le iban los ojos y el alma tras los botones dorados que lucía el chico, y ya en el piso de arriba, mientras Overton ilustraba a Masters acerca de lo que debía hacer para conseguir lo que se proponía en su viaje, Narizazul caía sobre el aterrorizado botones, cortándole los del uniforme con un cuchillo.

A los gritos acudieron Tom y Overton, que al ver a aquel indio, cuchillo en mano, sobre el botones, al que había derribado en tierra



Acabo de hablar con la comisión de rancheros... y me avisan que vienen para acá a hablar contigo

para realizar con más comodidad su operación, tuvo un susto mayúsculo. Pero Tom le tranquilizó, diciéndole :

— No haga usted caso. Mi criado tiene la manía de los botones... pero es inofensivo.



Overton introdujo en seguida en « sociedad » a Tom Masters, a cuyas espaldas vivía con el pretexto de ser su consejero, introductor y acompañante.

Aquel día había de celebrarse una fiesta en casa de Sanders, que era el agente que tenía en el Congreso la Asociación de Rancheros.

Desde el hotel habló Tom por teléfono con Sanders, que le dijo :

— ¡Con cuánto placer escucho tu voz, Tom! Estoy muy ocupado en este momento, pero mi señora ofrece un baile en casa esta noche... Ven a vernos.

Tom comunicó la noticia a Overton, qué comentó :

— ¡Magnífico! También yo voy a esa fiesta.

— ¿Qué traje me tengo que poner? — consultó el ranchero.

— El que se lleva siempre por las noches.

— ¿Camisón de dormir?

— No, no. Traje de etiqueta. Yo tengo uno que le vendrá a la medida.

Y Overton sacó un traje de frac, que se vistió Tom, el cual hizo la observación siguiente :

— Lo dejaron a medias... Le falta un pedazo.

* * *

Tom Masters saludó a la dueña de la casa con esta galantería, que a ella le hizo torcer el gesto :

— ¿Cómo le va, doña Josefa?... ¡Caramba qué bien está usted! ¡Y mejor cuidada que una yegua de dos mil pesetas!

Luego se fijaron sus ojos con insistencia en una mujer joven, de indumentaria muy ligera, que había a pocos pasos de donde él se encontraba con el inevitable Jaime Overton. Era Geraldina Richmond, para quien la lista de personas importantes de la capital era una especie de libro de cheques.

Notó Overton que a Tom le había gustado la muchacha, y le preguntó :

— ¿Quiere usted que le presente a la señorita Richmond?

— ¡Hombre, eso ni se pregunta!

Se acercaron y Overton hizo la presentación:

— Señorita Richmond, tengo el honor de presentarle al señor Masters...

Se saludaron, y al primer baile Geraldina insinuó a Tom si quería bailar con ella. Tom exclamó :

— ¡Encantado de la vida, señorita, palabra de honor!

¿Para qué describir las torpezas que cometió el ranchero? Basta con decir que le destrozó a su pareja una de las bandas que adornaban su vestido.

Doña Josefa se caló los impertinentes y se lamentó a su esposo, mirando a Geraldina que mostraba a Tom, asustado de su fechoría, el destrozo que le había hecho :

— ¿Por qué me has humillado invitando aquí a ese patán?

Tom estaba bastante « corrido » y salió del salón dispuesto a animarse tomando unas copas de champaña, preparadas sobre una mesa en cierta galería con balcón abierto sobre el jardín. Junto a la mesa había un criado, estirado y rígido, que sirvió a Tom cuanto quiso, que inquirió :

— ¿Y usted, no bebe?

— No bebo porquerías — replicó el otro.

— Tiene usted razón. Sabe muy mal.

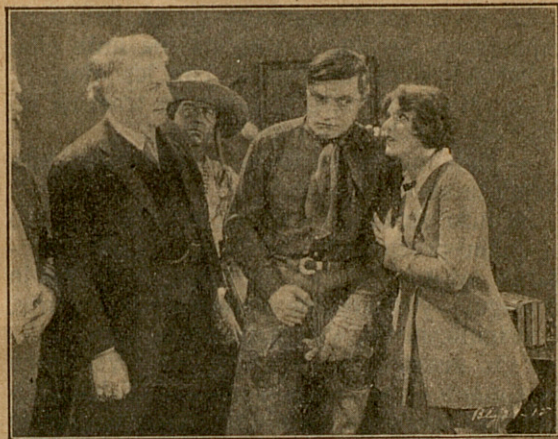
Pero aquí tiene esto que es de calidad superior. Si no le gusta me dejo cortar las orejas.

Y diciendo esto se sacó una pequeña cantimplora que contenía una bebida especial, hecha en el rancho.

El rígido sirviente protestó :

— ¡Joven! ¡Le advierto que soy el Secretario de la Liga Antialcohólica!

— ¡Bah!, no importa. Pruébelo.



Se acercó a él, y le dijo casi al oído: — Acepa

El Secretario de la Liga Antialcohólica se dejó convencer... y no dejó ni gota.

Mientras, Overton afilaba las uñas de la bellísima Geraldina, con estas palabras :

— Masters es rico... y si sabemos hacer las cosas, podremos sacarle el dinero fácilmente. De modo que ya sabes : a ti te toca « manipularlo ».

Cuando Tom volvió a entrar en el salón, Geraldina le salió al encuentro sonriéndole de una manera que lo trastornó. Bailaron un vals y después salieron a la terraza, pues ella pretextó que estaba un poco mareada.

La joven estaba sentada en un banco de espaldas al jardín, y Tom de pie ante ella, devorándola materialmente con los ojos.

— ¿Me hace usted el favor de traerme un vaso de ponche? — suplicó ella.

— Con mucho gusto — repuso Tom, metiéndose en el interior.

Se hizo servir un vaso de ponche y cruzó el salón procurando esquivar que lo tropezaran las parejas que bailaban. Pero no lo consiguió y tuvo que llenarlo nuevamente. Consiguió, al fin, y tras no pocos apuros, llegar de nuevo a la terraza y pudo ver como una mano arrancaba violentamente del blanquísimo cuello de Geraldina el collar que lo adornaba. Pudo Tom atrapar al ladrón, arrojándolo al jardín por encima de la baranda.

La señorita Richmond simuló entonces un desmayo, cayendo en sus brazos. Y cuando él se disponía a trasladarla dentro, levantándola como una pluma, ella abrió los ojos y le dijo con voz dulcísima :

— No sé cómo agradecerle esto... Pero le suplico a usted que no diga una palabra de lo ocurrido... No quiero echar a perder la fiesta.

Tom se lo prometió, volviendo a colocarle el collar que había recuperado.



IV

Narizazul era más fiel que Tom a sus costumbres y dormía en el balcón, en una tiendecilla de campaña que se había improvisado. Esto y el jugarse los botones con los chicos del hotel era lo que más le distinguía.

Tom, en cambio, seguía paso a paso su carrera de hombre de mundo.

— Y bien, ¿qué le parece el torbellino social en que se zambulló usted anoche, con frac y guantes blancos? — le preguntó Overton aquella mañana.

Tom repuso :

— Pues me parece que se confirma aquello de que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda». Además, estoy enamorado como un loco de la señorita Richmond... Ahora, que cualquiera la enamora a ella con mi facha.

— Por eso no se preocupe. Lo único que le hace falta son unas cuantas lecciones de etiqueta... y un buen sastre.

— ¿Quiere usted ayudarme?

— Con mucho gusto, Tom... Veremos primero al sastre.

Salieron, y desde la sastrería fueron a la manicura. Tom, mientras le hacían la manicura, leía en un curioso libro las distintas formas... en que *no* debe comerse la sopa.

Después mandó un telegrama a Betty, concebido en estos términos :

« Vida carísima aquí. Mándame 20,000 pesetas más. El Congreso aprobó parte proyecto. Espero estés bien y no haya novedad ».

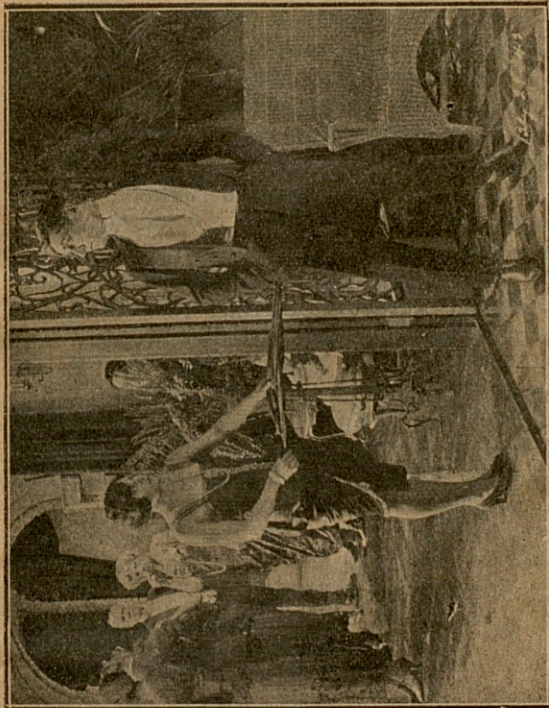
Naturalmente que a Tom se le iba el dinero con una rapidez increíble. Había sido ya recibido en la mejor sociedad y además pagaba a Geraldina Richmond abrigos de cinco mil pesetas, *acabados* de llegar de París.

Mientras tanto, Betty esperaba con ansiedad el regreso del hombre amado en silencio. Pero sólo recibía telegramas como el transcrito y cartas en las que, como ésta, le decía :

« ... Y la señorita Richmond es de lo más amable y simpática. Siempre estamos juntos. Pienso invitarla, juntamente con otros amigos de aquí, a que vayan al rancho, para presenciar la famosa carrera de caballos.

Pronto regresaré y espero encontrarte contenta y satisfecha, lo mismo que a « Malacara ».

Tu amigo que te quiere. — TOM ».



¿Por qué me has humillado invitando aquí a ese patán?

Para Blakely había llegado el momento de enredar a Tom en una trampa « financiera ». Y le comunicó que habiendo organizado la Compañía Petrolífera « Orbe », quería que se asociara con él y otros amigos, pues los beneficios serían enormes.

— De manera — terminó Blakely, — que hemos separado acciones por valor de veinte mil pesetas a favor de usted.

— Agradezco muchísimo la oportunidad — repuso Tom; — pero el caso es que... ando corto de fondos actualmente y...

— No importa. Puede usted darme un pagaré y le entregaré las acciones hoy mismo — lo atajó el « financiero ».

Y así cayó Tom Masters en las garras de Langdon, Blakely, Sanders y compañía...



V

Todos los rancheros de Los Arcos se prepararon a recibir calurosamente a « uno del pueblo ». « Malacara » aguardaba a su amo con el mismo interés que los demás.

La extrañeza fué enorme. Aquel « caballero » que se apeaba de un magnífico auto, cuya portezuela abrió un sirviente de elegante librea, no se parecía, por la indumentaria, a Tom Masters, como el criado tampoco recordaba a Narizazul.

Tom, entre el asombro de todos, se dirigió a Betty, y saludándola con el mismo empaque que si estuvieran en un salón, le dijo :

— ¡Qué alegría me causa verte, Betty! Estás encantadora.

Y luego, dirigiéndose a uno con ademán desenvuelto :

— Muchacho, enséñale a mi chófer dónde está el garage.

Ninguno se atrevía a moverse ni a pronunciar palabra; pero Tom, llevado de su manía de hacer frases, exclamó :

— Me causa positiva satisfacción esta bienvenida... Realmente me abruma tanta cordialidad.

Betty le dijo al fin :

— Quizá tu caballo no te reconozca con ese traje...

Efectivamente, llamó Tom a « Malacara » de la peculiar manera con que siempre lo hacía y acudió el noble corcel, que no reconociendo en aquel tipo a su amo, dió un bufido y se alejó al trote.

Tom se encogió de hombros, subió al auto y demostró a Betty su destreza en el manejo del volante.

* * *

A partir de aquel día, Tom daba lecciones de « etiqueta » a los rancheros, que con este motivo pasaban muy buenos ratos.

A los pocos días de llegar, Tom recibió el siguiente telegrama :

« Tom Masters.

Los Arcos.

Compañía Petrolífera « Orbe » comenzó operaciones, y para continuarlas necesitan todos los fondos disponibles. Indispensable haga efectivo pagaré inmediatamente. Llegaré viernes próximo.

J. BLAKELY. »

Betty, al ver la cara que puso Tom, al acabar de leer el telegrama, inquirió :



Tom se lo prometió, volviendo a colocarle el collar que había recuperado

— ¿De qué se trata, Tom?... ¿Alguna mala noticia?

Tom, entonces, le explicó :

— Le di a Blakely un pagaré por veinte mil pesetas... con el rancho como garantía, y ahora exige el dinero inmediatamente.

— Todo el dinero que teníamos disponible te lo mandé a la capital, Tom... y ya no hay más. Pero hipotecaré o venderé mi parte del rancho — replicó la muchacha.

— Muchas gracias, Betty... No sé cómo decirte cuánto agradezco esa oferta... pero no

tocaré ni un solo céntimo de lo tuyo... Ya veré la forma de salir de este mal paso.

Y cuando la capital se trasladó al rancho, Tom presentó a Geraldina y a Betty, con estas palabras :

—Señorita Richmond, permítame usted que tenga el honor de presentarle a la señorita Faine, con quien estoy asociado.

La conducía del brazo con gesto galante y Betty tuvo que esforzarse por no demostrar su disgusto... y sus celos.

— Ten la bondad de mostrar sus habitaciones a esta dama — rogó Tom a su asociada.

Y mientras Betty guiaba a Geraldina por pasillos y escaleras, Tom preguntaba a Blakely :

— ¿No puede usted concederme una próroga del pagaré? Estoy algo apurado de dinero.

— Lo siento, Masters, pero la Compañía ha empezado a perforar y necesita todo el dinero inmediatamente.

Tom insistió :

— Tengo la certidumbre de ganar el primer premio de cincuenta mil pesetas en las carreras de caballos de mañana... y con ese dinero saldaría parte del compromiso.

Aquella noche, Tom dió una gran cena en honor de sus invitados. Quiso hacerlo con arreglo a etiqueta y vistió a los rancheros de un modo que no les cuadraba, naturalmente, advirtiéndoles que imitaran todos sus gestos,



Tom, mientras le hacían la manicura...

lo que dió lugar a una serie de escenas altamente ridículas y grotescas. Hasta que Tom, harto ya de que fueran el hazmerreír de sus convidados, les gritó :

— ¡Basta de payasadas! ¡Coman y revienten, palurdos!



VI

El día de las carreras, Langdon dijo a Tom :
— Estoy seguro de que mi caballo « Manhattan » derrotará al suyo en las carreras.

— Ningún caballo del hipódromo puede vencer a « Malacara » en este terreno — repuso Tom con aplomo.

— Pues yo apuesto veinticinco mil pesetas a que « Manhattan » le vence.

Betty, que escuchaba el diálogo, intervino, diciendo :

— Acepto la apuesta, señor Langdon.

— Hecho, señorita — repuso éste.

Al quedarse solos Tom y Betty, aquél le dijo :

— Betty, ¿por qué aceptaste esa apuesta?

— Porque tengo fe en ti, Tom.

— Ahora ganaré, contra todo y contra todos — afirmó el joven.

El día de carreras era la fiesta más solemne en Los Arcos.

Blakely prometió a Overton :

— Si consigues que « Manhattan » gane, se te entregarán cinco mil pesetas más, ¿entiendes?

Luego anunció a Langdon :

— Ya tengo todo dispuesto para que Jaime y Terry impidan que Masters llegue aquí, pero de todas maneras prepárense para que no avance, en caso de que logre venir al hipódromo. ¡Y nada de complicaciones con él!

Tom estaba muy ajeno a lo que se tramaba contra él. Betty, al ver que se acercaba la hora y no se disponía a marchar, le advirtió :

— Tom, ¿no sabes que sólo te quedan quince minutos para llegar a la pista?

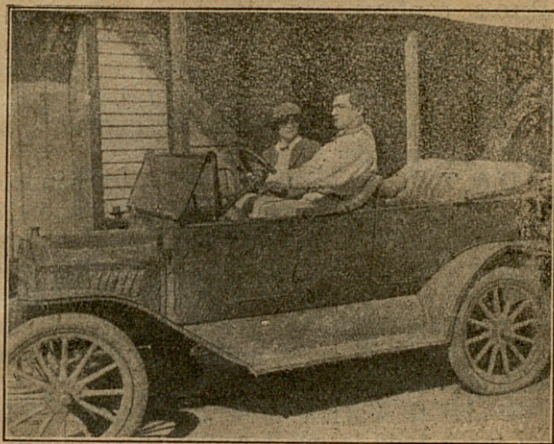
— No te preocupes, Betty, voy en seguida. Pero cuando se disponía a salir del rancho, lo atajó Overton, diciéndole :

— La señorita Richmond ha estado algo indispuesta, pero voy a ver si puede ir a las carreras.

Tom cayó en el lazo y subió a ver a Geraldina, que le suplicó :

— ¡Por Dios, no me deje usted, Tom! Me encuentro muy enferma... y triste y sin consuelo lejos de usted.

Mientras, Jaime Overton iba a la cuadra, clavando la puerta para impedir que Tom pudiera llegar a tiempo a la pista y tomar parte en las carreras. Y Geraldina, al separarse de ella Tom, encerró a Betty en su cuarto, sin que ella se apercibiera hasta que se dispuso a salir. Pero como no se amedren-



...subió al auto y demostró a Betty su destreza en el manejo del volante

taba por nada, saltó por una ventana, al tiempo que Tom comprobaba que Geraldina y Overton se habían burlado de él, pues vio como se abrazaban, al tiempo que Overton decía a su cómplice :

— Con el dinero que le he sacado a ese tonto y con lo que ganemos hoy, tú y yo tendremos con qué pagar los gastos de nuestro viaje de bodas.

Si Tom no se hubiera propuesto asistir a las carreras y salir vencedor, a pesar de todo, habría saltado sobre ellos para estrangularlos.

Pero se contuvo y encontrándose con su asociada, declaró :

— Betty, he sido un imbécil... y ya es demasiado tarde para remediar las cosas...

— Todavía puedes llegar a tiempo a la carrera si vas por el atajo.

Dió Tom un largo silbido, extrañándole que « Malacara » no acudiera como siempre a su llamada. Se dirigió impaciente a la cuadra, viendo que habían clavado la puerta, que « Malacara » a coces había casi hecho astillas. Acabó Tom de franquear el paso y ensillando rápidamente al noble animal, le dijo, como si pudiera entenderlo :

— De ti depende todo, « Malacara ». Está en juego todo lo que tenemos en el mundo : el rancho... ¡y Betty!

Cabalgó sobre él y campo traviesa llegó a la pista, poco después de que Langdon sostuviera con Betty, que ya estaba en el hipódromo, pues había ido en auto, este breve diálogo :

— ¿Sigue usted creyendo que ganará esa apuesta?

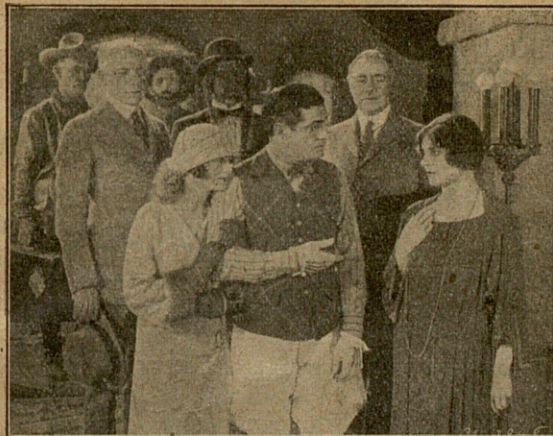
— ¡La doblo! — repuso la valiente muchacha.

— ¡Aceptado!

Y cuando el juez de la carrera gritaba :

— ¡Vamos, en línea!... Todo está listo — apareció Tom Masters, que metió su caballo en la fila.

Blakely, al verlo, se volvió hacia Geraldina



Permítame usted que tenga el honor de presentarle a la señorita Faine...

y Jaime y les increpó :

— ¡Son ustedes un par de idiotas! ¿Cómo le dejaron llegar?

* * *

Empezó la carrera. « Malacara », en la primera vuelta, logró ocupar el tercer lugar, pero fué ganando terreno hasta igualarse con « Manhattan », que era el que desde un principio iba delante.

Aquellos momentos fueron de una emoción tremenda. A Betty le saltaba el corazón den-

tro del pecho, pero no de angustia, sino de alegría, pues estaba segura de que Tom ganaría la carrera. Y así fué. Cuando sólo faltaban unos metros para llegar a la meta, « Malacara » metió la cabeza por delante de « Manhattan », llegando el primero.

Tom se apeó de un salto y dirigiéndose a Overton le dijo :

— Ahora, canalla, le voy a enseñar la « etiqueta » del rancho.

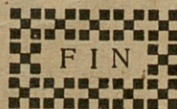
Y de un puñetazo formidable lo derribó en tierra.

Luego, volviéndose a Blakely, le ordenó imperioso :

— ¡Y usted, traiga mañana el pagaré y le daré otra leccioncita!

Y mientras Overton se llevaba la mano a la parte dolorida, confesando a Geraldina que recordaba, como un sueño, que « Malacara » le había dado una coz, Tom Masters, enlazando a Betty por la cintura, le decía :

— No te apures, Betty... Desde aquí se ve muy bien la casa del vicario.



BIBLIOTECA TRÉBOL

¡ADELANTE, MALACARA!

Superproducción FOX
Adaptación literaria de la película del
mismo título, cuyos protagonistas son
el popularísimo

TOM MIX

y la hermosa gran artista

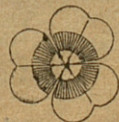
CLAIRE ADAMS

por

SILVESTRE DELMONTE

Exclusiva

HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Calle Valencia, 280 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

— 1 0 0 0 —

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores

Precio de este interesantísimo libro : **UNA PESETA**

BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli y Jaime O. Barrons.
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.
SOMBRA DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
LA LEY SE IMPONE, por Arthur Hall y Mimi Palmieri.
DESOLACIÓN por George O' Brien
SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
NINICHE, por Ossi Oswaida.

PRECIO DE CADA TOMO : 60 CÉNTIMOS